

# Crítica bibliográfica

María Teresa RUBIATO  
Universidad Complutense de Madrid

## ARQUEOLOGÍA EN TIERRAS DE LA BIBLIA

En cualquier ámbito del saber, la traducción de un libro como la que motiva estas líneas <sup>1</sup> obtendría como crítica el silencio (inmerecido premio), o estas dos frases: tírese al contenedor para reciclaje de papel, y sígase usando la versión inglesa.

Pero son contados los manuales de Arqueología «bíblica», en cualquier idioma, y muy especialmente en castellano, y su aparición es esperada y bien recibida. La descalificación de un tan escaso producto requiere una exposición de sus razones. Mi tratamiento del incalificable *La Arqueología del Antiguo Israel*, editado por Amnon Ben-Tor, no es en modo alguno un ataque o crítica ni a la obra original ni a su editor, ni a su traductor al inglés Raphael Greenberg, ni a los autores de los diferentes capítulos. Muy al contrario, es una defensa a ultranza y un intento de minimizar el daño que puede estar causando la difusión de este desatino. No puedo imaginar un mayor perjuicio a una ciencia respetable ni a manos de sus peores enemigos

---

<sup>1</sup> Amnon BEN-TOR (ed.), *La Arqueología del Antiguo Israel*. Traducción de Carolina AZNAR.– Madrid: Ediciones Cristiandad, 2004.– 687 págs. Título original (en hebreo): *Mavo la-arkhe'ologyah shel Erets-Yiśra'el bi-teḳufat ha-Miḳra* ([Tel Aviv]: Open University of Israel, 1992). Título de la versión inglesa: *The Archaeology of Ancient Israel*; traducción de Raphael GREENBERG (New Haven: Yale University Press, 1992).

(y últimamente parece tenerlos, jaleados por inefables seudodoctos), que el producido por una osada incompetencia.

*The Archaeology of Ancient Israel* fue casi en solitario un buen manual en su momento (y sigue siéndolo en muchos aspectos). Junto con el de Amihai Mazar<sup>2</sup>, son los dos más «recientes» y serios libros de texto para una iniciación al estudio de la arqueología en tierras de la Biblia. Ambos se usaron, se usan (y habrá que seguir usándolos) en las enseñanzas correspondientes, pero siempre con el complemento de otras lecturas y de la imprescindible guía del profesor que vaya alertando de los cambios y ampliaciones que los nuevos datos aportan a medida que se van produciendo año tras año. Porque lo cierto es que todo manual en esta disciplina nace obsoleto.

Puede resultar extraña esta escasez de manuales en un campo de la arqueología tan activo y desde tantos puntos de vista interesante para un amplio público como es la arqueología del Próximo Oriente. Cabe recordar que la propia historia de esta arqueología como ciencia es aún corta (poco más de un siglo), y que está en muchos aspectos *in fieri*. Esta condición, junto con la intensa y cada vez más tecnificada actividad excavadora, hace de la arqueología en tierras de la Biblia una de las más fecundas disciplinas científicas de nuestros tiempos y explica simultáneamente la práctica imposibilidad de su «codificación» en libros de texto. La trascendencia de sus resultados a otros ámbitos (religiosos, históricos y hasta políticos) es evidente, por lo que cualquier sesgo personal en la interpretación de los datos ha de ser prudentemente advertido cuando se trata de manuales. Incluso cuando los períodos tratados sean por su antigüedad más «pacíficos», la interpretación u opinión del autor del manual puede elevar a categórico lo que aún es susceptible de elaboración. Y ello no sólo por estar «negro sobre blanco», sino además en forma de extracto didáctico o manual.

Ya en su aspecto exterior, este «producto» de la nueva etapa de Ediciones Cristiandad inspira recelo. El «pasen, señores, pasen y

---

<sup>2</sup> A. MAZAR, *Archaeology of the Land of the Bible (10000-586 a.C.)* (New York: Doubleday, 1990).

vean» en que se han convertido las cubiertas y solapas de algunos libros que se pretenden del ámbito académico aparece en este caso lleno de falsos reclamos, a veces muy burdos. Se trata de hacer pasar por autor, vagamente conscientes de su prestigio, a Amnon Ben-Tor, quien es «sólo» editor (además de autor del prefacio, la introducción y el capítulo dedicado al Bronce Antiguo). Insiste la contraportada<sup>3</sup>: «Coordinados por Amnon Ben-Tor, diferentes especialistas exponen de manera sistemática el estado actual [¡de mitad de los años ochenta!] de la Arqueología bíblica [toda la obra original está alejada de esa tendencia superada hace décadas]. Estructurado como un manual [*es un manual, un libro de texto*] el libro se abre con un balance de los logros alcanzados en los últimos años [hablando desde 1989] y explica (*sic*) luego, en orden cronológico [pues no faltaría más] los períodos que abarcan desde el neolítico hasta el siglo VI a.C. La traducción [no dice a qué lengua, aunque me temo que se trate de un dialecto inédito del castellano] ha sido hecha a partir de la versión en lengua inglesa, aprobada por el propio Ben-Tor.» Esta aseveración, insólita en la literatura científica, suena a *excusatio non petita*. Puede llamar a engaño (uno más) esa «coma» tan de oráculo de Delfos, que deja poco claro si la «traducción» aprobada «por el propio Ben-Tor» es la inglesa solamente o también la seudocastellana. Mi relación con Amnon Ben-Tor, tanto profesional como personal, es constante, y sé de su poliglotismo: domina, además del hebreo, el alemán, el inglés y el francés. Por su larga asociación con la Universidad Complutense de Madrid tiene algunos conocimientos de español. Pero no, según él mismo me ha dicho entre bromas hace poco, para «aprobar» una traducción del libro que editó hace años. Por cierto, se nos escapa el proceso mental o editorial para expeler en 2004 una traducción al castellano (?) de una obra con veinte años de antigüedad sin intento alguno de actualización. En cambio, quien conozca algunos ambientes editoriales no se extrañará de que tanto el Prof. Ben-Tor como los restantes autores de *The Archaeology of Ancient Israel* puedan haber perdido de vista los vínculos y derechos, si alguna vez los tuvieron, sobre la obra

---

<sup>3</sup> Entre corchetes mis acotaciones.

original en hebreo. No serían los primeros «indefensos» ante editores y traductores.

Las «alabanzas» que se hacen en la solapa interna acerca del Prof. Ben-Tor se limitan a que es «uno de los arqueólogos más activos». Se me ocurren muchas más apreciaciones de su labor y de su persona, más incluso de las que pronuncié en su *Laudatio* cuando tuve el honor de ser su madrina con ocasión de su nombramiento como Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Complutense de Madrid en 1998. Y, desde luego, la falsa impresión de «polemista» (en la solapa: «... no rehúye el debate con otros especialistas») que se desprende de tanta inexactitud puede corregirse al observar que en su impresionante lista de publicaciones y ediciones, sólo una es respuesta obligada (y en mi opinión demasiado moderada y cortés) a impresentables inexactitudes <sup>4</sup>.

Continuando el examen «exterior», llama la atención que el original inglés mide 29 x 22, con 398 páginas + XXI (419 páginas) a tres columnas con tipo mucho más pequeño, 12 tablas y cuadros cronológicos, 20 mapas, más de 320 ilustraciones, y 47 láminas a todo color (sin paginar), mientras su traducción castellana aparece en formato 23 x 15, 687 páginas con un tipo mucho más grande (en realidad 613 páginas, siendo las últimas 74 innecesarios añadidos) y 46 láminas en color (de mala calidad). El evidente desfase se debe, entre otras cosas, a que se han omitido todos los mapas, gran parte de las tablas y la práctica totalidad de las 320 ilustraciones del original inglés.

Antes de pasar al contenido de la «obra» y en aras de la simplificación, una observación general aplicable a todas y cada una de sus páginas: el libro que nos ocupa puede presumir de ser uno de los que tiene más erratas por centímetro cuadrado <sup>5</sup>. Faltan letras, sobran acentos, las normas de puntuación son ignoradas, y con frecuencia es difícil entender algunos párrafos (lo que es ciertamente preferible, a la vista de otras inexactitudes), porque las erratas abarcan las concor-

---

<sup>4</sup> A. BEN-TOR, «Hazor and the Chronology of Northern Israel: A Reply to Israel Finkelstein», *BASOR* 317 (2000) págs. 9-15.

<sup>5</sup> Incluida la cubierta: en el lomo se lee «Bem-Tor».

dancias de género y número, la confusión de participios con gerundios y viceversa, la confusión de adjetivos con pronombres y con verbos (se intercambian «esta», «ésta» y «está», casi nunca en su sitio), «hacia» por «hacia» (y al contrario) y un largo etcétera. Este insultante descuido es especialmente negativo cuando se trata de nombres propios, ya que si bien pueden corregirse mentalmente, por ejemplo, los frecuentes «márfil» por *marfil* o «Judeá» por *Judea*, no es tan automática la corrección de «Ariria» por *Asiria* o «Guézar» por *Guézer*.

En cuanto al nivel mínimo de corrección idiomática exigible, el lector se debe preparar para una serie de malformaciones como (por mencionar sólo algunas): «una larga duración de tiempo», «una larga duración de vida», «jugar un papel», «información impresa» (por *fuentes escritas*), «contenedores» por *recipientes* (jocoso cuando el contenido consiste en extracto de opio, aceites perfumados, medicinas o cosméticos), «provocar» por *motivar*, *causar* u *originar* (así el ubicuo «provocaron muchos hallazgos»), «sino» por *si no* («if not»), «principio/s» (sistemáticamente) por *comienzo/s*, «sujetado» por *sostenido*, «piscina» por *alberca*, «cualidad» por *calidad* (y al contrario), «vivo» por *vívido* o *expresivo* (lo que da lugar a truculencias varias cuando se trata de excavaciones...), «retratado/a» por *reproducido/a* o *representado/a*, «sombbrero» por *tocado* (por ejemplo «sombbrero asirio de batalla»), «delantera» por *avanzada* o *adelantada*, «fechas datadas por», «a el» por *al* (precisado a veces por «al el»), «remarcable», «alcanzar un alcance», «intrincaciones», «imbibición», «estrés social», «olas» por *oleadas*, «jeriquense» por *jericuntino* o *de Jericó*, «tallar» por *excavar*, repeticiones, redundancias y un larguísimo etcétera. A todo ello hay que añadir abundantísimos (y a veces cómicos) errores de traducción. En esa orgía de erratas y «malformaciones», ya casi no importan otros fenómenos, como la profusión de mayúsculas donde menos falta hacen (¿una «anglosajonización»?) y de superfluos artículos determinativos, así como la traducción machacona e innecesaria del inglés *Age*.

La traducción «castellana» de *The Archaeology of Ancient Israel* comienza con el «Prólogo» de A. Ben-Tor. La edición inglesa dice «Preface», pero no parece que se tenga en cuenta aquí que un prefacio no es igual a un prólogo. El aforismo *traduttore=traditore* se ma-

nifiesta desde el primer renglón: «Este libro está basado en el libro de texto de un curso de introducción a la arqueología, ofrecido por la Open University de Israel, titulado ‘La Arqueología de la Tierra de Israel en Tiempos Bíblicos’». El «Preface» dice: «This book is based on the introductory course entitled .... While the *textbook of this course* [la cursiva es mía] was being prepared, it became evident that it would provide an up-to-date overview of the archaeology of the biblical periods». Parece lo mismo, pero no lo es. Un curso de arqueología de la Open University de Israel (equivalente a Universidad a Distancia), aunque sea introductorio o de nivel básico, consta de muchos otros elementos: apuntes, ejercicios, consultas con el profesor, prácticas, etc. Con mucha más razón en un lugar como Israel, donde la arqueología recibe mucha atención y donde es factible realizar esas prácticas en museos y en yacimientos visitables. El libro de texto es, pues, sólo uno de esos elementos que constituyen el curso, cuyas características condicionan además al propio libro. Así, las descripciones pormenorizadas tratan de suplir la presencialidad, con ilustraciones a las que se refieren. En todos los capítulos del texto (en inglés) encuentra el lector un apoyo didáctico en ese, por otra parte, excelente complemento gráfico. En la traducción seudocastellana faltan por completo, y sólo queda el farragoso texto. Aunque no sería más comprensible ni con un vídeo por línea; eso sí, el lector no se aburriría hasta la exasperación.

Pareció conveniente, pues, hacer una versión en inglés del manual y potenciar así el esfuerzo y la conjunción de buenos arqueólogos y profesores. Se refiere acto seguido Ben-Tor a intentos anteriores: *The Archaeology of Palestine* (1949, 1954, 1956), de W. F. Albright, para los años cuarenta y cincuenta (del ya pasado siglo)<sup>6</sup>; *Archaeology in the Holy Land* (1960), de Kathleen Kenyon, actualizado a comienzos de los sesenta<sup>7</sup>; y *The Archaeology of the Land of Israel* (1982), de Y. Aharoni, que llega al final de los años setenta.

Si el lector no ha tirado ya el libro, se encontrará con perlas como «el aniversario número cien de la primera excavación estratigráfica»,

---

<sup>6</sup> Versión castellana: *Arqueología de Palestina* (Barcelona: Garriga, 1962).

<sup>7</sup> Versión castellana de una edición anterior: *Arqueología en Tierra Santa* (Barcelona: Garriga, 1963).

acontecimiento que merecería un mejor tratamiento lingüístico, tan sencillo como «centenario ...»<sup>8</sup>; un primer abominable «prospectado» que reencontrará a lo largo de todo el libro y en todas sus formas; unos «very beginnings» traducidos por «los mismísimos principios», con varios «mismísimos» a renglón seguido. La tónica de lo que nos espera puede calibrarse con un «It is hardly surprising...» (lit. 'es difícilmente sorprendente' o mejor *no es sorprendente* o *no es de extrañar*<sup>9</sup>), convertido en «Resulta sorprendente», que quiere decir justamente lo contrario.

Expone luego Ben-Tor que se prefirió conservar el «ángulo de su autor» (¡«personal bent»!) en cada capítulo. Los «diversos enfoques en la tarea de describir los períodos de una secuencia de períodos» no pudo ser nunca dicho por el cartesiano Ben-Tor, sino que procede de confundir «edades» con «períodos» y viceversa. Hay otros extremos chocantes (de menor cuantía) relativos a la labor de reducir el libro de texto en hebreo (ocho volúmenes) a la versión en inglés. Así, agradeciendo la actitud y colaboración de los autores, que hubieron de recortar sus capítulos en hebreo, se nos dice que «se sometieron, aunque no siempre voluntariamente». Para borrar penosas dudas (¿atados?, ¿a punta de pistola?) acudimos a la versión inglesa, que dice... «willingly».

No se nos oculta, a pesar de las proclamas de última actualidad de la cubierta, que «El material definitivo quedó actualizado hasta mediados de los ochenta, momento en que se completó el manuscrito original». Ben-Tor firma el «Preface» en 1989.

El *Capítulo I. Introducción* (págs. 15-30) está a cargo de Ben-Tor, y pese a los maltratos de edición y traducción puede traslucirse su

---

<sup>8</sup> Esa primera excavación estratigráfica fue la de Sir Flinders Petrie en Tell el-Ajjul en 1890. Su Centenario se celebró con un importante Congreso en Jerusalem, cuyas actas son un clásico aún actual, y que no pudo recoger *The Archaeology of Ancient Israel*, como tantas publicaciones y acontecimientos en la arqueología de la zona desde mediados de los ochenta a la actualidad: *Biblical Archaeology Today. Proceedings of the II International Congress on Biblical Archaeology, Jerusalem, June 1990* (Jerusalem 1993).

<sup>9</sup> En cursiva (y en adelante) mis traducciones o correcciones.

carácter de auténtico «credo» acerca de la postura que debe mantener la arqueología en tierras de la Biblia y del espíritu con que deben contemplarse sus resultados, abordando con prudencia pero con valentía las delicadas relaciones con la Biblia y con los aspectos religiosos en general, así como una por breve genial exposición del desarrollo histórico de la disciplina. Es para mí axiomática la formulación de Amnon Ben-Tor con respecto a las artificiales clasificaciones que pueden sufrir los arqueólogos: «Lo que importa es el cuidado, la precisión y el rigor con el que los arqueólogos recuperan el material y procesan los datos, su voluntad y habilidad para cooperar con otros ... y su apertura a nuevas cuestiones».

En el *Capítulo II. El período neolítico* (Ofer Bar-Yosef, págs. 31-86), se han cercenado de la versión inglesa 3 mapas y 15 figuras en blanco y negro, entre fotografías y dibujos de línea. Pero no se nos hace gracia del cuadro «Cronología y Terminología del Período Neolítico», que destroza ambas. Se estructura en cuatro columnas, correspondientes a Fechas C-14 / Períodos / Culturas / Principales lugares, con cuatro registros. Es obvio que «Principales lugares» (*sites*) debiera ser *Principales yacimientos*, pero comparado con lo que sigue, no es grave. En la columna «Períodos», el primer registro de arriba a abajo corresponde a «Neolítico A Precerámico» (debe decir *Neolítico Precerámico A*). Se corresponde con un registro «Culturas», en que se lee: «Khiamian y Sultanian (norte del valle de Beersheba), desierto de Khiamian (Sinaí)». Se ha tomado como nombre de lugar lo que es un nombre de cultura. Debe decir: *Khiamiense y Sultaniense (norte del valle de Beersheba en la zona Mediterránea / Khiamiense del desierto (Sinaí))*. Excuso decir que no hay ningún «desierto de Khiamian». El siguiente registro (de arriba a abajo, es decir, de mayor a menor antigüedad) dice «Neolítico B Precerámico» (debe decir *Neolítico Precerámico B*), al que corresponden las culturas «Tahunian / Desiertos de Negev y Sinaí». Debe decir: *Tahuniense (en la zona Mediterránea) [omitido] / culturas del desierto, Negev y Sinaí*. En la tabla de la versión inglesa (pág. 13) los yacimientos están tipográficamente dispuestos de manera que se correspondan con los dos bloques de culturas. En la seudocastellana no, claro; sería mucho pedir. El siguiente registro atina (es difícil no hacerlo) en la



denominación del período: «Neolítico Cerámico», al que se corresponde en la columna «Culturas» la siguiente joya: «Yarmukian (fases de Sha'ar Ha-Golan y Munhata), costas de Négev y Sinaí». Debe decir: *Yarmukiense (fases de Sha'ar Ha-Golan y Munhata) en la zona mediterránea [omitido] / Culturas costeras / Négev y Sinaí (inominadas) [omitido]*. Las «costas del Negev» son, como es sabido, tan inexistentes como las costas de Albacete. El colofón viene en el cuarto registro (5000-4800), en que leemos en la columna Períodos «Neolítico», una clarividente traducción del inglés «Early Chalcolithic» = *Calcolítico Antiguo*. Más que un cuadro cronológico-terminológico parece una trampa para estudiantes poco avisados; cualquiera puede suspender con todos los honores un examen para cuya preparación haya recurrido a tal engendro.

Los errores aquí me parecen especialmente condenables, por cuanto fue un español (y en castellano) quien a comienzos de los años sesenta consagró algunos términos de las culturas precerámicas<sup>10</sup> tras sus excavaciones en el-Kiam. Su terminología, estratigrafía y datos cuantitativos son válidos hasta el día de hoy<sup>11</sup> y utilizados por la comunidad arqueológica internacional, constituyendo un ejemplo de que en el mundo académico no es obstáculo (no debe serlo) el idioma en que se produzca la investigación si ésta es rigurosa.

En la página 38 se nos ilustra en nota al pie acerca de las siglas PPNA («Pre-Pottery Neolithic A» = Neolítico Precerámico A) y *mutatis mutandis* Neolítico Precerámico B (PPNB), Neolítico Cerámico A (PNA) y Neolítico Cerámico B (PNB), y se nos advierte en nota de la traductora que «Dado que esta sigla es utilizada por la mayor parte de la bibliografía especializada, para no confundir la terminología, se ha preferido dejarla como en inglés en vez de crear una nueva sigla en español». Es conmovedor el interés por la terminología que muestra la traductora, y que vemos recompensado con el más total de

---

<sup>10</sup> J. GONZÁLEZ-ECHEGARAY, *Excavaciones en la terraza de El Khiam (Jordania)*, Bibliotheca praehistorica hispana, vols. 5/1 (Madrid 1964) y 5/2 (1966); véase también *RB* 70 (1963) págs. 94-119.

<sup>11</sup> Así en *The New Encyclopaedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, 4 vols., ed. E. STERN (Jerusalem 1993) vol. 3, págs. 814 y 818-819.

los despistes. La «bibliografía especializada» –que no todos los lectores ignoran– utiliza esas siglas en versiones inglesas, desde luego, pero por lo general los traductores no las confunden; es más, están consagradas las siglas NAA (Neolítico Acerámico A) y NAB (Neolítico Acerámico B), NPA / NCA (Neolítico Pleno o Cerámico A) y NPB o NCB (Neolítico Pleno o Cerámico B), y otras de igual referencia. Y si no lo hubieran estado, habría sido el momento de acuñar la sigla/convención. Todo menos mezclar churras con merinas, es decir, texto en castellano (por muy dialectal que sea) con siglas correspondientes a la expresión inglesa, sometiendo a un tormento adicional al sufrido lector.

Del *Capítulo III. El Período Calcolítico* (Rivka Gonen, págs. 87-157) se han cercenado más de treinta figuras en blanco y negro (fotos y dibujos de línea), un mapa y un cuadro de datos. En este último caso, es un alivio en vista de lo anterior. Se conserva (no sabemos con qué criterio) una figura (pág. 117), que reza al pie: «Fig. 1. Utensilios del Calcolítico», y que sólo los «iniciados» podrían traducir por *cerámica gassuliense*.

En cada capítulo hay alguna variación de las dos generalidades advertidas (erratas y malformaciones lingüísticas) y de una tercera también muy común en forma de errores de traducción. Así, hablar de «popularización» del uso del cobre (por «widespread») no es muy exacto, pero si luego leemos «... la gente utilizaba bloques de diversos minerales de metal nativos para construir útiles» («people used lumps of various native metal ores to make artifacts») y «el estadio (*sic*) supremo en la utilización del metal ...» («the crucial stage ...»), ya sólo nos queda decir, lo más anglosajonamente que podamos: «¡Oh!». En pág. 91 tenemos un galimatías de fechas porque las que aparecen están todas en años a.C. (*v.gr.*: «5460 +/- 125 a.C. o entre 3624 y 3374 a.C.»). Pero no hay que preocuparse mucho, porque «están sin calibrar en años radiocarbono» (del inglés «are in uncalibrated radiocarbon years» = *están [expresadas] en años de radiocarbono no calibrado*). En pág. 95 encontramos «... apoyar esta asunción» (por «assumption»). En algún momento faltan párrafos y frases que aumentan la confusión, pero aparecen los «yacimientos nimios» (ignoro qué puedan ser).

Ya en el anterior capítulo habían comenzado las erráticas denominaciones de las formas cerámicas, y se había iniciado el uso sistemático de «fundaciones» y «fundamentos» (para variar), por *cimientos* y *bases*. Parece también ignorarse que existen las palabras castellanas *recipientes*, *vasijas* y otros términos de uso común en lugar del omnipresente «vaso», latinismo que requiere aclaración y que por ello está siendo desterrado del lenguaje arqueológico. Sólo se traduce «recipiente» en pág. 114: «cráteras o recipientes» (por «kraters or bassins»), cuando «bassin» es *artesa* o *barreño*. En cambio se acuña el simpático e infantiloides (o ñoñidocto, que a estas alturas ya todos inventamos términos) «plato ‘de postre’» para «saucer» (*craterita* o *salsera*, también habituales y aceptados).

En pág. 143, hablando del origen del marfil en que se expresa parte de la estatuaria del calcolítico, se dice: «... o de Siria, donde se cazaban elefantes en el primer milenio a.C.». No podían haber sido los empleados por los calcolíticos (IV milenio). Acudiendo (como siempre) a la versión inglesa, encontramos «... where elephants were hunted *as late as the first millennium b.c.e.*».

En el *Capítulo IV. La Edad del Bronce Antiguo* (Amnon Ben-Tor, págs. 159-229) se han eliminado del original 44 figuras (entre fotografías en blanco y negro y dibujo de línea) y tres mapas. Ni siquiera se libra del maltrato general esta excelente síntesis de la rica cultura del primer período urbano en Palestina<sup>12</sup>. Se introduce (para quedarse) «el patrón de asentamiento» (por *el modelo de asentamiento*) y se añaden algunas gracietas: «ritmo de cambio» por *cambio de ritmo*, «probablemente» como traducción de «apparently» y «en el fundamento de» por *en la base de*. La descripción de Arad como «... en el borde de un plato ‘de postre’» es cuando menos peregrina.

En nota de la traductora (pág. 174) leemos que «Jarros con pitiro ... se ha preferido a la literal de ‘teteras’ (teapots), puesto que esta última puede resultar algo anacrónica, referida a la época que esta-

---

<sup>12</sup> Utilizo la expresión «Palestina» porque Ben-Tor lo hace, pero para estos períodos prefiero «Canaán».

mos tratando». «Teteras» es la traducción común porque es la que describe perfectamente el recipiente, y está consagrado desde las magníficas traducciones de las obras de Kenyon y de Albright al castellano en los años sesenta del pasado siglo. También sería anacrónico «amphoriskoi», y está no obstante aceptado.

Pero hemos puesto el dedo en la llaga. La traducción de *Arqueología de Palestina*, de W. F. Albright (Barcelona: Garriga, 1962) es nada menos que del Dr. David Romano (ya entonces profesor de la Universidad de Barcelona). Y algunos sabemos quién es el traductor (no aparece en la edición) de *Arqueología en Tierra Santa*, de K. Kenyon, (Barcelona: Garriga, 1963): un gran académico que no quiso que su nombre figurase porque no le dejaron hacer una última corrección de pruebas antes de la publicación (por más que el libro no tiene más de media docena de pequeñas erratas). También cabría aquí recordar la magnífica traducción del Dr. Antonio Peral (políglota, hebraísta, arameísta y profesor de la Universidad Complutense de Madrid), con revisión técnica del Dr. Jesús Cantera Ortiz de Urbina, de *Las antiguas civilizaciones semíticas* de Sabatino Moscati (Barcelona: Garriga, 1960), con un Prefacio a la edición castellana por el propio Moscati. Por cierto, esta versión castellana apareció casi al mismo tiempo que la versión original en italiano.

En el *Capítulo V. La Edad del Bronce Intermedio* (Ram Gofna, págs. 231-283) se ha eliminado del original en inglés todo el aparato gráfico: dos mapas y 35 ilustraciones entre dibujo de línea y fotografía en blanco y negro. Es éste un apasionante período con aspectos aún confusos, a cuyo esclarecimiento no contribuye precisamente la traducción: «la evidencia arqueológica todavía no ha proporcionado una fecha precisa para el abandono de propia cultura en las ciudades de la Edad del Bronce Antiguo» (pág. 231). Acudiendo a la versión inglesa, leemos: «The archaeological evidence does not yet furnish a precise date for the abandonment of the last of the Early Bronze Age towns». No sabemos qué tipo de diccionario inglés-español se ha podido utilizar para llegar a traducir «not linked to any architectural remains» por «no vinculada a ningún resto arqueológico» (pág. 238). En cambio, hay «tumbas magalíticas» (pág. 257).

La interesante metalurgia de este período queda sepultada en erratas y errores. Al menos, y aunque no quede tampoco muy definida la arquitectura doméstica, se nos deja tal cual la *terre pisée* (expresión francesa utilizada también sin traducir en la terminología inglesa).

El autor del *Capítulo VI. La Edad del Bronce Medio*, Aharon Kempinski (págs. 285-384), hizo en la versión inglesa un enorme esfuerzo de síntesis para conservar la mayor cantidad posible de ilustraciones, nada menos que 56 entre dibujo de línea y fotografía en blanco y negro, más un mapa y siete cuadros. En la versión castellana sólo se conservan cuatro ilustraciones miniaturizadas con el consabido pie de foto erróneo. Pero no se nos evitan cinco cuadros, de los que algunos merecen atención (más bien alerta máxima). Dejando aparte las erratas, que con buena voluntad (un tanto desgastada a estas alturas) el lector puede subsanar («cuidad» por «ciudad» y otras), el Cuadro 2 referido a la estratigrafía de la ciudad alta de Hatsor (pág. 330) dice en el registro «Observaciones», correspondiente al estrato XVII (Bronce Medio II-b): «Se conserva el muro de la ciudadela interna del palacio»; debe decir: *Muro interior de la ciudadela / Restos del palacio*. En el siguiente registro «Observaciones», correspondiente al estrato XVI (Bronce Medio II-b), dice: «Se conserva el Área A del Templo»; debe decir *Como arriba [omitido] / también [omitido] se funda el templo del Área A*. En cuanto al Cuadro 3 (estratigrafía de la ciudad baja de Hatsor), los registros correspondientes a «observaciones» son igualmente erráticos. En el primero (pre-XVII), dice: «Parte del Bronce Medio II-a, en algunos depósitos de estructuras»; debe decir: *Parcialmente BMII-a, en depósitos NO relacionados [omitido] con estructuras*. En el tercer registro de «observaciones» (XVI y post-XVI) dice: «... Área H del templo y Área F del palacio (templo)»; debe decir «... *templo del área H y palacio (templo) del Área F*». El nombre de las áreas de excavación en Hatsor se conserva desde las excavaciones de Y. Yadin, y las actuales excavaciones de la Universidad Hebrea de Jerusalem y la Universidad Complutense de Madrid siguen esa nomenclatura, con subdivisiones. Incluso los turistas que visitan el yacimiento (es Parque Nacional) saben que hay un área A, B, L, M,

etc., en la ciudad alta, dentro de las cuales puede haber un palacio, un templo, la ciudadela, el sistema hidráulico, etc. (todo está convenientemente indicado en los letreros y en los folletos editados en muchos idiomas, incluido el castellano, que reciben en la entrada), pero no áreas «dentro» de esos monumentos. Por fortuna es muy abundante la literatura reciente sobre esas importantísimas excavaciones<sup>13</sup>, también en castellano, y en todos los niveles, incluido el de divulgación.

El Cuadro 4 (Estratigrafía y cronología de Tell el-Ajjul), es otra de esas «trampas para estudiantes» o monumentos a la incompetencia tan ubicuos en esta publicación. Es difícil cometer más errores en tres registros. En el primero (III de la Ciudad, pre-I y I del palacio/ciudadela) se dice «atrio del cementerio», período «Bronce Medio Final II-a»; debe decir: *Cementerio del patio / Finales del Bronce Medio II-a*. En el segundo registro dice «Bronce Medio II-b (y principio del Bronce Intermedio Final)». Tal vez los lectores que conserven la mente intacta tras la lectura de tanto dislate discernan que no pueden ir los períodos hacia atrás en el tiempo, porque lo que debe decir es: *Bronce Medio II-b y comienzos del Bronce Último I* (el «LBI» del cuadro de la versión inglesa [pág. 189] corresponde a «Late Bronze I»). Lo mismo ocurre en el tercer registro, en que se dice «Bronce Intermedio Final» por *Bronce Último I*. Parece exigible en algunos ámbitos conocer la numeración romana (por no hablar de las «siglas utilizadas en la bibliografía especializada»...).

En su afán por no privar de nada al lector, tras este disparatado Cuadro 4 se ofrece en la misma página 338 el Cuadro 5, según parece dedicado a «Sincronismos entre el Norte y el Sur de las Ciudades de las 16<sup>a</sup> y 17<sup>a</sup> centurias», brillante traducción de «Synchronisms between Northern and Southern Sites in the Seventeenth and Sixteenth Centuries» = *Sincronismos entre yacimientos del Norte y del Sur en*

---

<sup>13</sup> Las excavaciones de Hatsor *In Memoriam* Yigael Yadin son un Proyecto Conjunto de la Universidad Hebrea de Jerusalem y la Universidad Complutense de Madrid (cuya Misión arqueológica a Tel Hatsor presido), dirigidas por Amnon Ben-Tor. Las grandes campañas comenzaron en 1990 y no pudieron por tanto ser mencionadas en *The Archaeology of Ancient Israel*, como muchas otras.

*los siglos XVI y XVII* (pág. 189 del original inglés). No parece necesario advertir llegados a este punto que todo cuadro, tabla o paradigma que esta malhadada versión incluya, lejos de resultar un instrumento de simplificación y ordenación de los contenidos del texto (lamentables de por sí), es una eficacísima herramienta de confusión y de inducción al error. Lo mejor que podría hacer con ellos el lector es ignorarlos. Una medida aún mejor sería ignorar el libro entero.

En pág. 358 se pierde una oportunidad única para emplear debidamente el término «fundación», pero se escoge «depósitos de fundamentos» («foundation deposits»). Los *depósitos de fundación*, según nos explicaba Martín Almagro a quienes hemos tenido la fortuna de ser sus discípulos, son algo así como las «primeras piedras» de los edificios u obras públicas actuales, y figuran entre los «depósitos complejos» que constituyen premios gordos de la lotería arqueológica a la hora de la cronología, «depósitos complejos» que incluyen también las *favissae*, tumbas intactas, pecios, etc. Pero quien no haya sido tan afortunado como quien esto escribe, puede (y debe) acudir a cualquiera de las ediciones de la *Introducción a la Prehistoria y Arqueología de Campo*<sup>14</sup> de Martín Almagro, en la seguridad de encontrar todo el sentido común que necesite.

Rivka Gonen se ocupa esta vez del *Capítulo VII.- La Edad del Bronce Final* (págs. 365-434). De la edición inglesa se eliminaron 36 ilustraciones (casi todas fotografías) y tres mapas. En la edición en castellano se ofrecen dos figuras con una rotulación errónea. Esta brillante exposición de R. Gonen abarca con éxito en setenta páginas lo que requeriría varios libros: las coordenadas de la política internacional durante el Bronce Último (denominación preferible a la de «Final»), los movimientos culturales y las relaciones de comercio, todo en clave de arqueología histórica, además de claras tipologías de arte, arquitectura, cerámica y otros aspectos de la cultura material cananea. Todo ello se trasluce a pesar de la edición. Pero no faltan

---

<sup>14</sup> Yo uso la tercera edición (corregida y aumentada), *Textos Universitarios*. I (Madrid: Guadarrama, 1967); creo que hay alguna posterior, pero la doctrina de la honestidad, claridad, laboriosidad y sensatez aplicadas a la arqueología de campo es invariable.

las sorpresas. En pág. 367 leemos: «El equipo militar cuenta en voz alta las listas de botín». Perplejos vamos a la edición en inglés, que dice: «Military equipment figures highly in the booty lists». Y en pág. 373: «presenta una subdivisión que toma en cuenta todas estas reservas, al mismo tiempo que considera la simplicidad del primer esquema propuesto», que por lo visto equivale a «presents a subdivision that takes account of all those reservations, while retaining the simplicity for the first scheme proposed». Otros desencuentros entre el inglés y su traducción (pág. 400): «El área se cubrió de cerámica, que incluyó vasos de culto». Se puede pensar que ese cubrir de cerámica fue intencionado, al emplearse el pasado perfecto en lugar del imperfecto. Lo que corresponde es que *el área estaba repleta de (o había mucha) cerámica, incluidos recipientes cálticos*. Pero habría que conocer el área F de Hatsor (strata 1A-1B) para corregir automáticamente: no serán tantos los lectores en ese caso, por lo que muchos quedan indefensos ante estas incompetencias.

El Prof. Amihai Mazar, de la Universidad Hebrea de Jerusalem, se ocupa del *Capítulo VIII. La Edad del Hierro I*, capítulo en el que se han eliminado todas las ilustraciones de la versión inglesa (34 figuras –fotografías y dibujo de línea–, dos mapas y un cuadro). El propio autor nos dice que una versión similar de este capítulo aparece en su ya citada *Archaeology of the Land of the Bible*. La visión del Hierro I es pues la misma en los dos manuales más usados, y ello no deja de ofrecer algún inconveniente. El Prof. Mazar, muy legítimamente, prefiere seguir una periodización de la edad del Hierro que concluye con la destrucción del Primer Templo en 586 a.C., mientras que el manual editado por Ben-Tor adopta la posición (ya mayoritaria) de terminar la edad del Hierro palestinese hacia el 520 a.C. (Hierro III-b), puesto que hay una clara continuidad de cultura material durante el período de dominación babilónica. En todo caso, esta diferente postura no afecta a la exposición del Hierro I, ya que se trata del primer subperíodo. Están muy solventemente expuestas las razones de la periodización del Hierro palestinese a través de la historia de la investigación y de su variación a medida que los descubrimientos iban aportando datos. Pero incluso los lectores no especializados notarán algo raro en las frases de las págs. 436 y 437: «En 1958, tras



las excavaciones de Jasor <sup>15</sup>, Aharoni y Amiran, se propuso un nuevo esquema ...», y «En 1958, tras las excavaciones de Jasor, Aharoni y Amiran, se sugirió que la división recogiera (*sic*) los años 1000 a.C. ...». Los nombres de Aharoni y Amiran han sido ya encontrados por el lector en páginas anteriores, no como nombres de lugar como en estas frases, sino como los apellidos de dos grandes arqueólogos: Yohanan Aharoni y Ruth Amiran. La versión inglesa dice: «In 1958, following the excavations at Hazor, Aharoni and Amiran suggested that it be divided at 1000 b.c.e. ...».

Los errores de traducción dan lugar también a desquiciadas interpretaciones históricas. En pág. 440 se dice: «... el estrato VI representa la Edad del Hierro Ia, en la que sucumbe el reinado de Ramsés III». Es muy posible que Ramsés III exagerase su victoria sobre los Pueblos del Mar, pero no se tiene noticia de que su reino hubiera «sucumbido». De nuevo hay que ir a la versión inglesa, que nos tranquiliza: «... within which falls the reign of Ramesses III». Es decir, «fall» = ‘caer [en]’, como «el 28 de diciembre cae en jueves».

Las técnicas de datación han avanzado mucho en los últimos veinticinco años, pero no habiéramos reconocido la de «El análisis de los elementos más pequeños ...» (pág. 449) si no se nos hubiera dejado entre paréntesis la denominación en inglés: «tracer-element analysis». Se trata del *análisis de radioelementos trazadores*, técnica bien conocida no sólo como análisis, sino también como aplicación en biología, biomédica, bioquímica y otras disciplinas, y como técnica de datación (un poco costosa aún desde el punto de vista económico), junto con otras como la termoluminiscencia (en la que son pioneros los investigadores españoles), radiomagnética y otros.

Mis pequeñas discrepancias con el Prof. Mazar (que comparto con otros arqueólogos, de la misma manera que otros comparten sus opiniones) sólo se refieren al terreno de la interpretación. Es un excelente arqueólogo y un extraordinario profesor universitario. Una de esas discrepancias se refiere a la interpretación de lo representado en el «jarro de Orfeo» de Meguido. Muchos opinamos que se trata en

---

<sup>15</sup> Se refiere a Hatsor.

efecto de Orfeo, pero el Prof. Mazar parece ver «... una procesión de animales, conducida por uno que toca la lira ...» (pág. 452). Un animalito tocando la lira es concebible. Pero ocurre que se trata de un hombre (con su barba y todo) tocando la lira, sea Orfeo o el conductor de la procesión (que es la verdadera visión del Prof. Mazar).

No estoy tampoco de acuerdo, en el estado actual de los conocimientos, en cuanto al peso otorgado por Mazar en la genealogía de la «casa de cuatro habitaciones» a los pretendidos antecedentes arquitectónicos cananeos en Tel Batash y Lakhish, muy escasos y de distinto carácter. Junto a la siempre respetable opinión de Mazar es preciso exponer otras (como él mismo hace, aunque descartándolas). En ese sentido, es excelente el tratamiento que hace Mazar del importante y polémico hallazgo de Adam Zertal en el monte Ebal (págs. 488-490).

En la exposición de la metalurgia del período, no hubiéramos podido imaginar qué eran y para qué servían «las puntas de arcilla», si no se nos hubiera conservado entre paréntesis el francés «tuyeres» (*tuyères*), también utilizado sin traducir por la literatura arqueológica en inglés. En castellano se traduce por *toberas*.

Gabriel Barkay desarrolla el *Capítulo IX. La Edad del Hierro II y III* (págs. 502-613), el más «bíblico» de los períodos arqueológicos, y en el que la arqueología es, como bien dice Barkay, «una arqueología histórica», en la que a los mudos restos se agregan fuentes escritas y epigráficas. En un período tan rico e interesante, se ha eliminado la totalidad del aparato gráfico en la versión castellana (nada menos que 53 ilustraciones –dibujo de línea y fotografías–, que incluyen planos de ciudades, fortificaciones, sistemas hidráulicos, inscripciones, cerámica, etc., además de varios mapas y cuadros). Si en todos los capítulos la eliminación del aparato gráfico es una auténtica mutilación, no encuentro palabras para describir cómo queda este trascendental capítulo (en las condiciones editoriales y de traducción de las que no se libra) sin ilustraciones. A estas alturas el hartazgo de incompetencias es tal que me limitaré a advertir de dos graves errores: el flagrante anacronismo de hablar de «influencia de tradiciones judías»

(pág. 549) (por «judaeans») en este período, y la traición al espíritu del autor que representa traducir «... a reasonable conjecture» por «... es una mera conjetura», refiriéndose a algunos aspectos del llamado túnel de Ezequías.

Precisamente el Prof. Barkay, de la Universidad de Bar Ilan, es uno de los arqueólogos involucrados en los muy recientes trabajos en Jerusalem (al pie de la «ciudad de David») que han hecho naufragar algunas posturas gratuitamente críticas respecto a la datación del túnel de Ezequías. Su «razonable conjetura» (compartida por una amplia mayoría de arqueólogos) se ha convertido desde el verano de 2003 en una certeza. Incluso la prensa diaria y otros medios de comunicación españoles se hicieron eco de las noticias publicadas en las revistas *Science* y *Nature*: análisis de radiocarbono calibrado de restos orgánicos contenidos en revocos del arranque del túnel, así como otros análisis de radioelementos en estalactitas calcáreas fechaban en época de Ezequías el impresionante sistema hidráulico, convirtiéndolo en el resto arqueológico mejor datado e indiscutido de cuantos tienen relación con el texto bíblico.

Tras pasearnos por un país inexistente (*wadi* se traduce por «río», se habla de «altas mesetas» y de «acantilados» en Siloé –aunque parece que se trata de Silwan–, por no citar más que algunas fantasías geográficas), las láminas en color son de tan mala calidad que poco nos aportan, como no sea el asombro ante las «jarras almacenadas en Siloé» (fig. 27) («Storage jars from Shiloh»), seguramente encima de los acantilados.

A partir de la página 618 se nos ofrece un apéndice, a cargo de la misma traductora, consistente en lo siguiente:

a) Una nota acerca de los topónimos que hubiera sido mejor omitir. El «corpus toponímico» es caótico. El «criterio de uniformidad léxica» que proclama se concreta en llamarle a todo lo que empieza por Si... «Siloé», ya se trate de Silwan o de Siloh (Siloé no se menciona en la versión inglesa, porque tanto la denominación como el lugar quedan fuera de su ámbito temporal). El sistema de transcripción de la *Israel Antiquities Authority* (del hebreo al inglés) que se aduce no ha sido comprendido en absoluto, y la «Biblia de

Jerusalén» no traduce del hebreo al castellano ni los topónimos ni otros términos, como es sabido.

b) Aún se pretende en dicho Apéndice proponer un «Vocabulario arqueológico del Levante meridional» en las págs. 618-639. El tal vocabulario consiste en una lista de palabras en inglés con su traducción en castellano, comunes a cualquier diccionario elemental. No hay ningún inconveniente en aceptar universalmente cosas tales como: Altar: (s.) altar; Bifacial: (s.) bifacial; Corpus: (s.) corpus; favissa/e: (s.) favissa/e (sin destacar tipográficamente inglés de latín o de otra lengua, y sin explicación alguna). Pero no estamos dispuestos a aceptar «Terre pisée: (s.) terre pissée» (pág. 638) (en francés, 'tierra meada'). Hasta ahí podíamos llegar.

La bibliografía es la misma que la de la versión inglesa, pero con un cúmulo de erratas. También en este caso se recomienda seguir usando la edición en inglés. Se observará que el título más reciente es de 1988.

Sólo hago responsable de este desastre a Editorial Cristiandad, por más que la traductora se empeñe en aparecer con su nombre. Nadie está obligado a conocer Israel, Jordania u otros países de la zona (aunque sea de lejos), ni a saber arqueología ni inglés ni castellano, pero quien no reúna ni siquiera uno de esos mínimos requisitos debería abstenerse de toda manipulación de libros de texto sobre Arqueología de Próximo Oriente, en especial si se causa un gravísimo perjuicio a quien inocentemente utilice ese material. Pero es responsabilidad de una editorial seleccionar a sus colaboradores.

He mencionado ejemplos de ya antiguas buenas ediciones y traducciones, pero sólo por recordar la larga trayectoria de las versiones en castellano y la inutilidad perniciosa de los «descubrimientos del Mediterráneo». No quiero decir en modo alguno que no se edite y traduzca bien en nuestros días. Se me ocurren muchos ejemplos entre editoriales del ámbito más o menos privado, esto es, excluyendo las editoriales institucionales (universidades, CSIC). Por mencionar sólo uno: la dignísima colección Bellaterra Arqueología que dirige la eminente M<sup>a</sup> Eugenia Aubet. Detrás de cualquiera de sus volúme-

nes <sup>16</sup> se aprecia un cuidado en la tipografía, en las reproducciones, en el maquetado, en la supervisión de la traducción (por demás excelente) cuando no se trata de ediciones originales, en la *labor de edición* en suma, inexistente en el ínfimo producto de Ediciones Cristiandad que acabo de analizar. Tal vez esa labor de edición pueda parecer costosa, pero lo es sobre todo en preparación y competencia, en trabajo y honestidad. En el aspecto más anecdótico (el económico), los libros de editoriales como la mencionada Bellaterra, Riopiedras o Verbo Divino, tienen un precio de venta al público un 40%-50% menor que el de los «productos» de esta nueva etapa de Ediciones Cristiandad. Si se quiere entender de lo dicho que además de malos son caros, no voy a contradecir a quien tal haga.

Sería muy de agradecer en interés de la maltratada arqueología en tierras de la Biblia que se retirase de la distribución esta versión seudocastellana de un viejo manual tan bueno como *The Archaeology of Ancient Israel*, editado por A. Ben-Tor, o que se acompañase de una fe de erratas y errores. Por más que esta segunda opción es inviable, ya que sería tan voluminosa como el libro. Entretanto, si para entender lo que dice la versión castellana hay que tener permanentemente al lado la versión en inglés, úsese directamente ésta. En España hace tiempo que se estudia inglés en la Enseñanza Secundaria: si las estructuras político-educativas permiten que tras ocho años de promedio de estudio del inglés nuestros universitarios sean incapaces de leer y entender el idioma más común en la literatura científica (nos guste o no), es otra cuestión que entra en el ámbito de la incompetencia en cadena o del desperdicio más nefasto.

Los veinte años transcurridos entre el cierre del *corpus* de materiales de *The Archaeology of Ancient Israel* a la actualidad constituyen el período más rico en actividad y hallazgos de toda la historia de la arqueología en tierras de la Biblia, tanto en Israel como en países limítrofes. Muchas de las excavaciones más importantes siguen en

---

<sup>16</sup> Por ejemplo, T. y M. DOTHAN, *Los Pueblos del Mar (Tras las huellas de los filisteos)* (Barcelona: Bellaterra, 2002), traducción de María José AUBET, con un prólogo a la edición en castellano de Trude Dothan y actualizado para la versión castellana.

marcha, se han comenzado otras y se vienen produciendo multitud de publicaciones e informes previos. Algunas obras que se prometen excelentes y aun monumentales están a punto de aparecer, como la esperadísima *The Pottery of Ancient Israel and its Neighbors*, que edita Seymour Gittin con un equipo técnico compuesto por J. Aviram, A. Ben-Tor, E. Stern y E. Yannai.

Tengamos, pues, paciencia. El ciclo va llegando a otra etapa de publicaciones verdaderamente actualizadas que, si son bien editadas también en castellano, serán muy bienvenidas. Sólo cabe esperar que esas obras tengan entonces mejor suerte que en esta ocasión.